



“Llamados para amar y servir”

CARTA PASTORAL

CON OCASIÓN DEL JUEVES SANTO
2017

Mons. Alfredo José Espinoza Mateus, sdb
OBISPO DE LOJA

“LLAMADOS PARA AMAR Y SERVIR”
CARTA PASTORAL
CON OCASIÓN DEL JUEVES SANTO 2017

1 INTRODUCCIÓN

*“Todos nosotros que, por medio del sacramento del Orden, gozamos de una participación especial, ministerial, en el sacerdocio de Cristo, el Jueves Santo nos recogemos interiormente en recuerdo de la **institución de la Eucaristía**, porque este acontecimiento señala el principio y la fuente de lo que, por la gracia de Dios, somos en la Iglesia y en el mundo. **El Jueves Santo es el día del nacimiento de nuestro sacerdocio y, por eso, es también nuestra fiesta anual**” (San Juan Pablo II).*

Con esta conciencia de “fiesta” y con la alegría en el corazón por el don del sacerdocio, me dirijo especialmente a ustedes, queridos hermanos sacerdotes, con esta Carta Pastoral, que busca animar y profundizar el llamado que nos ha hecho el Señor a cada uno de nosotros para amar y para servir a todos, de modo preferencial a los más pobres.

Hoy es un día importante y sagrado, no sólo para nosotros, lo es para toda la Iglesia, para todos los que Dios constituyó para sí en Cristo **“un reino de sacerdotes”** (Ap 1,6). **“Para nosotros esto es especialmente importante y decisivo ya que el sacerdocio común del Pueblo de Dios está vinculado al servicio de los dispensadores de la Eucaristía, que es nuestra labor más santa”** (San Juan Pablo II)

Hoy es un día en que viviremos de manera especial la unidad. Nos debemos sentir unidos desde aquí, como Iglesia, al Papa Fran-

cisco. Nos debemos sentir unidos como Iglesia que peregrina en Loja. Unidos todos ustedes al Obispo y yo unido a ustedes. Juntos, queridos hermanos sacerdotes, en este día de fiesta, renovaremos en nuestros corazones la gracia que se nos ha concedido **"por la imposición de manos"** (Cfr. 2 Tim 1,6) en el sacramento del Orden. Como nos dijo San Juan Pablo II: **"... todos sentimos una profunda necesidad de renovar en nosotros la conciencia de la gracia de este sacramento que nos une íntimamente a Cristo, sacerdote y víctima"**.

Y es con este fin que deseo, por medio de esta Carta, expresar unos pensamientos sobre el llamado que nos ha hecho el Señor. Un llamado centrado en su amor, un llamado que nos invita a amar y un llamado que nos envía a servir a los demás. Espero que esta Carta logre animarlos en la vocación y misión a cada uno de ustedes, queridos sacerdotes de esta Diócesis de Loja.

2 ORACIÓN DEL DISCÍPULO

Comienzo esta Carta con una oración. Es una forma distinta de empezar una Carta Pastoral. Lo hago, porque estoy convencido de que como sacerdotes debemos siempre elevar nuestra mirada y nuestro corazón hacia Dios.

Francisco afirma que ***“... la oración nos cambia el corazón y nos hace comprender mejor cómo es Dios, por lo que debe hacerse con libertad e insistencia, como se le habla a un amigo”***.

En este día, en que renovamos nuestro sacerdocio, hablemos al Señor de amigo a amigo. No puede ser una oración llena de palabras vacías. Debe ser una oración que parta de nuestra realidad humana, una oración que lleve nuestra vida sacerdotal y la ponga en manos del Señor. Una oración alegre, confiada, llena de esperanza y que renueve en nuestro corazón esa llamada del Señor y ese “sí” que dijimos un día cuando decidimos seguirlo más de cerca.

Recordemos que en toda oración está el Espíritu Santo. ***“No se puede rezar sin el Espíritu Santo. Es Él quien reza en nosotros, es Él quien nos cambia el corazón, es Él quien nos enseña a llamar a Dios “Padre”...”*** (Francisco).

Llenos del Espíritu de Dios dirijamos nuestra oración al Señor que nos ha llamado. Dejemos un espacio en nuestro tiempo para elevar esta plegaria. Les propongo esta oración, ***“Ser discípulo”***, de Marcelo A. Murúa.

*“Ser discípulo, Señor, es aceptar tu llamado,
dejar todo y ponerse en camino, tras tus pasos.
Es compartir la vida, aprender de Ti, en lo cotidiano,
descubrir el misterio, apasionarse, como Tú,
por la vida del pueblo y los hermanos.*

*Ser discípulo es recrear tu camino en Galilea;
tu práctica comprometida, valiente y transgresora,
por dar vida, partiendo desde los que menos tienen.*

*Ser discípulo es preocuparse por el hambre de los otros,
aún cuando no se posea más que dos peces y cinco panes.
Ser discípulo es compartir lo que se tiene y ofrecerlo por el Reino.*

*Ser discípulo es aprender a caminar en sábado,
denunciar la ley que oprime y cercena la vida de los otros,
es enfrentarse a los poderes de turno
porque el Reino no es como los de este mundo.*

*Ser discípulo es tomar la cruz de cada día.
Darse cuenta que seguir a Jesús genera conflicto,
produce enfrentamiento y controversia, crea dudas y plan-
tea opciones.*

*La fidelidad al Señor se construye cada día,
al tomar la cruz de la coherencia y seguir sus huellas, sin descanso,
por el camino que nos va revelando.
Ser discípulo es aprender de Jesús, tenerlo como maestro,
buscarlo como referencia para nuestras decisiones.*

*Ser discípulo es mirar la vida como lo hizo Jesús.
Ver con la mirada del evangelio.
Dejarnos abrir los ojos como el ciego de Jericó,
para dejar de ver borroso y descubrir desde dónde mira Dios
las cosas.
Ver, para ser discípulo. Ver, para sentir como Jesús.
Sentir, para actuar como Él lo hizo.*

*Vivir como Jesús, para poder ser signo de su presencia,
aceptando la cruz, porque ser discípulo es ser, como Él,
signo de contradicción para los que se oponen al Dios de la Vida.*

*Ser discípulo es compartir con Jesús los momentos de en-
cuentro con el Padre.*

Descubrir cómo abreviar en el pozo de la vida,
dónde tomar fuerzas y cómo discernir el camino
y las encrucijadas que la fidelidad a Dios nos va presentando.
Ser discípulo es aprender a orar como Jesús.

Ser discípulo es construir comunidad de seguidores.
El camino del Reino se hace unidos;
no en solitario, liberal y egoísta relación con Dios sin los her-
manos.
La comunidad se hace en el camino,
se nutre del compromiso y la práctica de todos,
se fortalece en la oración compartida
y en la búsqueda incesante de la Palabra de Dios aplicada
a nuestros días.

Ser discípulo es morir al dios que todos nos hacemos,
para nacer al Dios de Jesús, Padre, Liberador
y lleno de misericordia-amor concreto por su pueblo.
Ser discípulo es aceptar a Dios ser Dios.
Destruir los ídolos que encierran al corazón
y ponerse en sus manos para hacer su voluntad, el Reino y
la Vida.

Ayúdanos Señor a ser tus discípulos con alegría y fidelidad.
Abre nuestro corazón a tu Palabra,
abre nuestra mirada para ver desde Dios la vida, la historia,
el sufrimiento de tantos, los compromisos y las opciones
que puedan recrear tu camino
en el aquí y ahora de nuestros días".

Releamos muchas veces esta oración, sobre todo en aquellos
momentos de incertidumbres, de dudas, de desánimo, que nun-
ca faltan, sabiendo que, **"la oración requiere cercanía, es una
lucha, en la que hace falta fuerza de ánimo y tenacidad para
conseguir la bendición, que sólo alcanzamos cuando recono-
cemos nuestra debilidad y nos abandonados a su misericor-
dia"** (Benedicto XVI).

3

UN DIOS QUE LLAMA

Desde hace algún buen tiempo pensaba sobre el tema para la Carta Pastoral de este año. Algunas ideas venían a mi mente, pero me decidí por el tema que les propongo: **"Llamados a amar y servir"**, escuchando la homilía de Mons. Giacomo Guido Ottone, Nuncio Apostólico en el Ecuador, pronunciada en la Ordenación Episcopal de Mons. Giovanny Mauricio Paz nuevo Obispo de Latacunga. Estoy convencido de que debemos tomar mayor conciencia de que somos llamados, llamados a amar al Señor y solamente desde esta centralidad de amor, somos enviados a servir, a apacentar las ovejas (Cfr. Jn 21,15-19).

Dios llama. Ha llamado a lo largo de la historia a hombres y mujeres para una misión. Dios continúa llamando en este tiempo y nos ha llamado a nosotros en el aquí y en el ahora, en nuestra historia concreta, en nuestra realidad personal. Es un llamado permanente, constante. Un llamado que cuesta escuchar y más aún seguir.

Hagamos un recorrido por algunos pasajes y personajes de la Biblia, donde se ve claramente este diálogo de amor de parte de Dios y la respuesta humana, no siempre fácil pero confiada.

Dios habla a través de su creación (Gn 1; Is 44,24; Sal 8,4), creada con Sabiduría (Prov 8,22; Sab 8,6); los Apóstoles descubren que esta Sabiduría es el Verbo o Hijo de Dios (Jn 1,3; Col 1,16); por Él, Dios dispone el desarrollo de la historia (Heb 1, 2). Dios nos ha creado en su Hijo Jesús, nos hace hijos en Él (Gál 3,26-29; 4,4-7; Ef 1,3-4) y da la vida a la persona humana con su palabra y su Sabiduría (Dt 8,3; Pro 8,1-21; Lc 1,50-55).

Ese diálogo de amor de Dios, se visibiliza de manera especial en la creación del hombre, un Dios amor que por amor crea al hombre diciendo: **"Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"**, (Gn 1,26). Lo crea para que tenga autoridad, sobre toda la

creación de Dios, autoridad que no le pertenece al hombre, sino que le es concedida por Dios, Gn 1,27, ***“y creó Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó”***.

Dios no contento de haber creado al hombre, también los bendice, diciéndoles; sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla, y les entrega la tierra para que la cuiden. Y vio Dios todo cuanto había hecho y era muy bueno.

Dios al ver al hombre tan solo, le ofrece una compañía que le sea semejante para que se complementen y sean una sola carne. Dios siempre está preocupado de nosotros, nos cuida, y auxilia, todo esto porque nos ama. Siempre estamos llamados a descubrir en nuestras vidas este amor de Dios, un amor creador, un amor que debe abrirse al otro.

Cuando el hombre creado por amor y en libertad toma la dura decisión de no seguir escuchando a Dios, y le complace escucharse y escuchar a quienes no siguen a Dios, Dios, no lo abandona, le da otra oportunidad. Le invita a salir, a no esconderse, pero quiere que reconozca su culpabilidad: ***“... la mujer que pusiste a mi lado me dio del árbol y comí, Yahvé dijo a la mujer ¿Qué has hecho? La mujer respondió; la serpiente me engañó y he comido”*** (Gn 3,12-13).

Dios, a pesar de que los descendientes de Adán hicieron lo que a Él le desagrada, no los abandona. A Caín, le colocará una señal, para que nadie atente contra su vida (cfr. Gn 4,10-16). Aquí también encontramos ese diálogo de amor que es iniciativa de Dios. Lo invita a reconocer que se ha portado mal, que sus actos no son conforme a su naturaleza, que se arrepienta y viva. Sin embargo, el hombre sigue por un camino equivocado, alejándose de Dios, endureciendo su corazón y obstinando su mente, quiere ser como Dios, conocedor del bien y del mal. Dios le dará una lección pedagógica, hará llover, caerá un diluvio sobre la tierra, que le servirá para que se purifique, se arrepienta y crea.

Establecerá una alianza con Noé, su siervo fiel. Le dará una señal:

el arcoíris, que le recordará por toda la eternidad que Dios no es vengativo, que su amor es más grande que la ira que le causa su creatura (cfr. Gn 6,5-9,17). A pesar de la misericordia de Dios, que no nos trata como merecen nuestras culpas, el hombre no entiende, vuelve a realizar lo que Dios detesta, su soberbia lo lleva a construir una ciudad con una torre para hacernos famosos y alcanzar a Dios. (cfr. Gn 11). Es que el hombre se cierra completamente a la voz de Dios que lo llama, al amor de un Dios que lo invita constantemente a acercarse a Él.

3.1. Dios llama a Abraham

Yahvé dijo a Abraham: ***"Deja tu país, a los de tu raza y a la familia de tu padre, y anda a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una gran nación y te bendeciré; voy a engrandecer tu nombre, y tú serás una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. En ti serán bendecidas todas las razas de la tierra"***. (Gn 12,1-3)

Dios llama a Abraham, esa llamada va a implicar mucho en la vida de este hombre, cambiará totalmente su existencia. Le dice que debe **"irse"**, alejarse de todo lo que le era conocido y familiar hasta ese momento. Si queremos conocer el plan que Dios nos tiene preparado, no podemos quedarnos quietos, debemos estar siempre en esa búsqueda. Abraham será un hombre en **actitud de "salida"**, como debe ser hoy la Iglesia y nos lo recuerda permanentemente el Papa Francisco.

Debía desligarse y apartarse de lo que le era familiar hasta ese momento. **Y, ¿nosotros qué?** Hay una realidad muy cierta en nuestras vidas: nos cuesta salir. El salir de nuestra comodidad para construir comunidad nos cuesta, nos hemos acostumbrado tanto a un estilo de vida que nos cuesta iniciar. Siempre el Señor nos invita a salir de nuestras miserias y postraciones, de esa tumba, como invitó a Lázaro, de ese pecado que nos lleva a la muerte, de ese orgullo que nos encierra en nuestro propio yo, de esa soberbia que nos aleja de los demás. Solamente en actitud de salida nos encontraremos con el Dios de la Vida, con el que tiene palabras de

vida eterna, que nos invita a descansar en verdes praderas. ***“Haz la prueba y verás que bueno es el Señor, dichosos los que se acogen a Él”*** (Salmo 33).

Abraham, dejó todo para comenzar de nuevo. A veces pensamos que es duro entregar todo por ***¿nada?*** Pero cuando Dios nos pide que le entreguemos todo, es porque Él nos dará algo mejor. Decía San Juan Pablo II: ***“No tengan miedo de abrir las puertas a Cristo Jesús, Él no te quita nada, se dona completamente todo”***. Así es, no tengamos miedo a lo que Dios nos invita, no tengamos miedo a los retos que nos propone, no tengamos miedo a trabajar unidos por el Reino de Dios. Para ello, debemos estar atentos para escuchar la llamada que Dios nos hará, cuando menos lo pensemos, como fue la llamada a Abraham.

Hoy, agradezcamos a Abraham por dar su respuesta generosa a la llamada que Dios le hizo, por iniciar esta aventura maravillosa junto a Dios Padre, por darnos el preludio de la verdadera tierra prometida que se llama cielo, por atreverse a salir de su seguridad y comodidad y, atravesar las aguas del Jordán que recuerdan nuestro bautismo y a través de él, a formar parte del nuevo pueblo de Dios que se llama Iglesia.

3.2. Otras llamadas de Dios

Dios llama constantemente, podemos decir que está permanentemente llamando. En la Biblia encontraremos una serie de llamadas y de respuestas. Veamos algunas de esas llamadas a través de las siguientes citas bíblicas donde podremos entrar en contacto con otros personajes para que así podamos empezar a descubrir las maravillas que Dios realizó en ellos y que puede realizar en nuestras vidas.

No tengamos temor de adentrarnos en el estudio. Hay que orar, leer, reflexionar y meditar esas hermosas enseñanzas. Será el Espíritu de Dios el que nos guiará y obrará en nuestras vidas maravillas.

- **Isaac:** Gn 21, su nacimiento ya es una bendición, prefigura el nacimiento virginal de Jesús, además Yahvé pide a su padre anciano Abraham que se lo dé en sacrificio; es la prueba decisiva que Dios pone en el camino de sus amigos, y en la que estos demuestran plenamente su fidelidad o vacilan ante ella buscando una puerta de escape y salvando las apariencias. El sacrificio de Isaac es también el sacrificio de Abraham. Isaac casi no interviene en la historia bíblica, y sin embargo a él se refieren la mayoría de los recuerdos de la vida nómada de los antepasados.
- **Jacob:** Gn 27, usurpa y roba la bendición de su padre Isaac ayudado por su madre Rebeca. Hay un diálogo hermosísimo entre él y su padre: Acércate y bésame, hijo mío y Jacob lo bendice. Jacob, lucha con Dios (Gn 32) y es bendecido por Yahvé, se le cambia el nombre por Israel (fuerza de Dios) Gn. 32,29.
- **José:** Gn 37 – 50, este hermoso personaje nos recuerda la línea principal del plan de Dios, salvar a los pueblos pecadores. José es el preferido de su padre, tal vez porque el padre veía en él una nobleza que no se notaba en los demás. Los sueños, desempeñan un papel importante en la historia de José, es ahí donde Dios le habla.
Otra virtud de José es la rectitud que se demuestra en el capítulo 39 (seducción e injurias de la mujer de Putifar), José lo ganó todo al no ceder en nada, aun cuando corriese grandes riesgos. Con la interpretación de los sueños del Faraón, por su nobleza y su rectitud será investido como Primer Ministro. Las aventuras de José tienen una consecuencia importante: Jacob baja a Egipto con toda su familia y los hebreos viene a radicarse en la provincia de Gosén. Parecería que se olvidan de la tierra de Canaán que Abraham y Jacob habían recorrido con sus rebaños y que Dios les había prometido. Tres siglos más tarde Moisés conducirá al pueblo de vuelta a la tierra de las promesas.

3.3. Dios llama a Moisés

Moisés, como muchos de nosotros, es el hombre de los "pero":

"Pero si me preguntan los hijos de Israel cuál es el nombre del que me envía a ellos ¿qué responderé?" Y Dios dijo a Moisés: ***"Yo Soy el que Soy"*** (Ex 3,14). Así responderás a mi pueblo: ***"Yo Soy, me manda a vosotros"*** (Ex 3,15) Y añadió: ***"Ve y habla con los ancianos del pueblo, ellos te escucharán, y luego id juntos a pedir al faraón que os deje salir de su país. Yo sé que no querrá dejaros, pero castigaré a Egipto con grandes prodigios hasta que os deje"***. (Ex 3,16)

Dios insiste sin desanimarse y Moisés respondió: ***"El faraón no va a creerme cuando le diga que vengo de parte de Yahvé"*** (Ex 4,1). Entonces dijo Dios a Moisés: ***"Tira tu cayado al suelo"*** (Ex 4,3). Y al instante se convirtió en una serpiente, luego le dijo que la cogiera por la cola y de nuevo era un palo de madera. Después le dijo que metiera su mano dentro del pecho, y cuando la sacó estaba cubierta de lepra y blanca como la nieve, luego volvió a meterla y la sacó normal, como antes.

Moisés puso todavía otro reparo: ***"Pero si yo soy torpe de palabra y se me traba la lengua al hablar"*** Dios le respondió: ***"Te saldrá al encuentro tu hermano Aarón; él, que es de fácil palabra, hablará al pueblo por ti. Yo estaré en tu boca y en la suya, y os mostraré todo lo que habéis de hacer. Llévate tu cayado porque con él harás los prodigios que te he mostrado"***. (Ex 4,10-13). Moisés y Aarón fueron a entrevistarse con el faraón proponiéndole: ***"Permite que nuestro pueblo celebre una fiesta en honor de Yahvé en el desierto"*** (Ex 5,1). Pero el faraón respondió: ***"¿Quién es Yahvé para que yo le tenga que obedecer? No conozco a ese Yahvé y no dejaré ir al pueblo de Israel"***. (Ex 5,2)

Yahvé sigue hablando con Moisés y el pueblo, ahora lo hace a través de los mandamientos, que son indicadores para que el pueblo pueda llegar a feliz término, ya no a la tierra prometida, sino a la patria celestial.

Hoy, pidamos a Moisés que interceda ante Yahvé por nosotros, para que no sigamos siendo de dura cerviz, para que aprendamos a reconocer la misión a la que Él nos envía, para que no tengamos

miedo de los retos que el Señor nos pide, para volver las veces que sean necesarias a Egipto a rescatar al pueblo, a la familia, a los amigos y sobretodo dejar que nos rescaten y salir victoriosos, a desterrar de nuestras vidas tantos **“peros”** que ponemos y que no nos dejan crecer como personas ni reconocer la obra que Dios quiere construir en nuestras vidas y que se convierten en barreras que no nos permiten crecer ni ayudar a los demás. Que su ejemplo nos dé la fuerza suficiente para no sucumbir ante las traiciones y conspiraciones de nuestros propios amigos, familiares y personas a las que consideramos cercanas. Como Él, que sepamos tomar las mejores decisiones y poder guiar el rebaño que el Señor nos ha encomendado.

Quedan muchas otras “llamadas” en el Antiguo Testamento: la llamada a Jonás, las llamadas a Samuel, Jeremías, a otros profetas y tantas otras más. Vayamos, busquemoslas, leámoslas con esa clave de llamada y respuesta; y confrontemos esas “llamadas” con la llamada que Dios nos hizo y la respuesta personal que cada uno ha dado en sus años jóvenes. Como Samuel, digamos también nosotros hoy: **“Habla, Señor, que tu siervo escucha”** (1 Samuel 3,9).

3.4. Dios llama a Juan el Bautista

Dios llama a Juan para que se dedique a anunciar la conversión y la preparación para la venida del Mesías a través del bautismo. Su mensaje de anuncio y preparación había causado una profunda conmoción social en un momento en el que la sociedad anhelaba la venida de un liberador del pueblo hebreo, un caudillo heredero de la tradición mosaica que sacase a su pueblo del poder de los romanos. El anuncio mesiánico de Juan Bautista provocó que se adhirieran a él un grupo de discípulos que lo seguían como a un profeta. (cfr. Mt 3,1-8)

3.5. Jesús llama a sus Apóstoles

Juan y Andrés, discípulos del Bautista, oyeron que éste, al ver

pasar a Jesús de Nazaret, había dicho: **"He aquí el Cordero de Dios"** (Jn 1,36). ¿El Cordero de Dios? Esas palabras los inquietaron y conmovieron. Y fueron tras Él. Tímidos, siguiéndole a cierta distancia, sin atreverse a abordarle directamente. Él, entonces, se volvió y les preguntó: **"¿Qué buscáis?"**

Resultaba en verdad bastante difícil decir con exactitud qué era lo que andaban buscando. Pero algo ciertamente buscaban de Él. ¿No era, por ventura, a Él mismo a quien buscaban? Cuando Andrés le cuente más tarde a su hermano Simón lo que ha visto, le dirá así: **"Hemos encontrado al Mesías"** (Jn 1,41).

Este encuentro, ¿no alude a una búsqueda previa? Hay mil maneras de buscar. Pero quizá haya una sola cosa para buscar, una sola cosa que todos los corazones persiguen. Se llama felicidad, se llama reposo, se llama amor, se llama alegría. Suele denominarse con nombres más o menos afortunados, más o menos impropios. Y nosotros podemos preguntarnos: **¿Qué buscamos?** ¿Buscamos cada día al Señor? ¿Lo hemos encontrado? ¿Seguimos buscándolo? ¿Hemos encontrado el sentido de nuestra vida y la razón de nuestra existencia y de nuestro ser sacerdotal?

Los discípulos abandonaron todo y caminaron siguiendo a Cristo. Ahora ya no le dejarían, ahora era distinto. Casa, mujer, padre, labores: nada importaba frente al hecho de seguir al Maestro. Nosotros quizás nos hemos acostumbrado a considerar en ellos como normal, lógico, punto menos que necesario, tal desprendimiento y ese seguimiento; por eso quizás no lo valoramos debidamente. Ellos concebían antes la religión ligada exclusivamente a unas prescripciones legales... ¡Qué cambio! En lo sucesivo constituirán la familia de Jesús: **"Mi madre y mis hermanos son éstos"** (Lc 8,21). Son los **"suyos"** (Jn 13,1). Participarán de su género de vida y se verán envueltos en las mismas acusaciones (Mc 2,16-18; 7,2.5).

Eran hombres, con sus virtudes y sus fallos. Pero, sobre todo, con un gran amor, más o menos tosco, más o menos iluminado hacia su Maestro. Sus codicias son bien excusables. Lo habían aban-

donado todo por amor de Él. Un día Pedro, en nombre de todos, exclama: **"Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos darás?"** (Mt 19,27). Esta pregunta no nos escandaliza; al contrario, nos conmueve. A Jesús también le llenó de ternura compasiva el alma. Nosotros también lo hemos dejado todo, **¿Qué le pedimos a cambio al Señor?** Como Pedro, ¿Hacemos la misma pregunta? ¿La hemos hecho alguna vez en nuestras vidas? ¿Nos hemos alguna vez arrepentido de haberlo dejado todo y seguir ese llamado que escuchamos en nuestra juventud?

Los discípulos eran tímidos en el fondo, y cuando se inquietan por la dirección que van tomando las cosas, su Maestro les tranquiliza con palabras tan suaves y cálidas que todo corazón afligido no puede menos de apropiárselas, de tener la osadía de apropiárselas como dirigidas a él mismo, a través del tiempo, a pesar de todas las flaquezas: **"No temas, rebaño mío, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el Reino"** (Lc 12,32).

Hay otras llamadas de Jesús en los Evangelios. Está la llamada a Zaqueo, que baja del árbol y lo recibe en su casa (Lc 19,1-10). Está la llamada a Leví, que da una respuesta inmediata, se levanta y lo sigue (Mc 2,13-17). Está la llamada al joven rico, quien no escucha la invitación porque su corazón estaba lleno de lo material y no había espacio para un Dios que lo invitaba al amor y al desprendimiento (Mt 19,16-22).

Termino este punto de las llamadas de Jesús, trayendo a estas líneas una meditación del Papa Francisco sobre la llamada a Zaqueo. Pensemos, como él nos sugiere, el momento de la mirada de Jesús a cada uno de nosotros, el momento de su llamada:

"Jesús se detuvo, no pasó de largo precipitadamente, lo miró sin prisa, lo miró con paz. Lo miró con ojos de misericordia; lo miró como nadie lo había mirado antes. Y esa mirada abrió su corazón, lo hizo libre, lo sanó, le dio una esperanza, una nueva vida como a Zaqueo, a Bartimeo, a María Magdalena, a Pedro y también a cada uno de nosotros. Aunque no nos atrevemos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero. Es

nuestra historia personal; al igual que muchos otros, cada uno de nosotros puede decir: yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada. Los invito, que hoy en sus casas, o en la Iglesia, cuando estén tranquilos, solos, hagan un momento de silencio para recordar con gratitud y alegría aquellas circunstancias, aquel momento en que la mirada misericordiosa de Dios se posó en nuestra vida”.

3.6. El llamado de Pablo

“¿Qué he de hacer, Señor?” (Hch. 22,10), preguntó Pablo en el momento de su conversión. Le respondió Jesús: ***“Levántate, entra en Damasco y allí se te dirá lo que has de hacer”***. El perseguidor, transformado por la gracia, recibirá la instrucción cristiana y el bautismo por medio de un hombre llamado Ananías, según las vías ordinarias de la providencia.

Y enseguida, teniendo a Cristo como lo verdaderamente importante de su vida, se dedicará con todas sus fuerzas a dar a conocer la Buena Nueva, sin que le importen los peligros, las tribulaciones y sufrimientos y los aparentes fracasos. Sabe que es el instrumento elegido para llevar el Evangelio a muchas gentes: ***“Aquel que me escogió desde el seno materno y me llamó a su gracia, se dignó revelar a su Hijo en mí, para que yo lo anunciara a los gentiles...”*** (Gal. 1,15-16).

Lo que sucedió con Pablo puede ocurrir con cada hombre, aunque hayan sido muy graves sus faltas. Es la acción misteriosa de la gracia, que no cambia la naturaleza, sino que la sana y purifica, y luego la eleva y la perfecciona. San Pablo está convencido de que Dios contaba con él desde el mismo momento de su concepción, desde el seno materno, lo repite en diversas ocasiones. En la Sagrada Escritura encontramos cómo Dios elige a sus enviados incluso antes de nacer (Jer. 1,5); se pone así de manifiesto que la iniciativa es de Dios y antecede a cualquier mérito personal. El Apóstol lo señala expresamente: ***“Nos eligió antes de la constitución del mundo”*** (Ef. 1,4), declara a los primeros cristianos de Éfeso. ***“Nos llamó con vocación santa, no en virtud de nues-***

tras obras, sino en virtud de su designio" (2 Tim. 1,9), concreta aún más a Timoteo.

Como Pablo, nosotros hemos sido llamados y escogidos. Llamados a pesar de nuestra realidad de pecado. Llamados por amor y en amor. Como él debemos lanzarnos decididamente a anunciar con alegría el Evangelio. Como él tendremos que anunciar a ese Dios desconocido para muchos hombres de hoy. Como él seremos perseguidos e incomprensidos, y como a él, el Señor nos dirá: **"Te basta mi gracia"** (2 Cor 12,9).

Sabiendo que hemos recibido una llamada que comprometió toda nuestra vida, digamos la siguiente oración titulada **"¡Tú me llamaste!"***:

*"Señor, Tú me llamaste para ser instrumento de tu gracia,
para anunciar la Buena Nueva, para sanar las almas.
Instrumento de paz y de justicia,
pregonero de todas tus palabras,
agua para calmar la sed hiriente, mano que bendice y que
ama.*

*Señor, Tú me llamaste para curar los corazones heridos,
para gritar, en medio de las plazas, que el amor está vivo,
para sacar del sueño a los que duermen y liberar al cautivo.
Soy cera blanda en tus dedos, haz lo que quieras conmigo.*

*Señor, Tú me llamaste para salvar al mundo ya cansado,
para amar a los hombres que Tú, Padre, me diste como her-
manos.
Señor, me quieres para abolir las guerras y aliviar la miseria
y el pecado;
para hacer temblar las piedras y ahuyentar a los lobos del
rebaño".*

*("Oraciones vocacionadas y misioneras" de la Editorial Católica
"Sin Fronteras")

4

LLAMADOS
PARA AMAR

Dios es amor. Estos dos nombres, ser y amor, expresan de manera inefable la misma esencia divina de Aquel que se nos quiso manifestar a Sí mismo y que, habitando la luz inaccesible, está en sí mismo sobre todo nombre y sobre todas las cosas e inteligencias creadas.

Tal es el secreto al que se tiene acceso sólo por medio de Jesucristo (1 Jn 4,8-16). En Jesucristo reconocemos el amor que Dios nos tiene: ***“Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en Él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en Él. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”*** (1 Jn 4,15-16). Recordemos que ***“el criterio del amor cristiano es la Encarnación del Verbo”*** (Francisco). La fe en Jesucristo y la caridad fraterna manifiestan que permanecemos en Dios y Dios en nosotros.

En el Antiguo Testamento Dios se manifiesta lleno de amor por nosotros: ***“Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad. Misericordioso hasta la milésima generación, que perdona culpa, delito y pecado”*** (Ex 34,6). El amor a Dios es el gran mandamiento (Dt 6,5; Mt 22,37). En Jesucristo Dios nos revela plenamente su amor. Al entregar Dios a la muerte por nosotros a su Hijo muy amado (Mc 1,11; 12,6) nos demostró (Rm 5,8) que su actitud definitiva para con nosotros consiste en amar al mundo (Jn 3,16) y, con esta entrega suprema e irrevocable, nos ama con el amor que tiene a su Hijo; nos hace el don de su amor, es decir, el don del Espíritu Santo, en quien se unen amorosamente el Padre y el Hijo.

Por tal razón no olvidemos que el amor es el vínculo que une a la criatura con Dios y con las demás criaturas, solo por medio del amor, de sentirnos realmente amados por Dios y amándolo a Él

es que nuestra alma logrará llegar al verdadero encuentro con el Amado.

No podemos crecer en amor a Él si no aceptamos nuestras cruces, si no nos abandonamos, y no nos abrimos a amarla. Dios nos prueba, pero al mismo tiempo nos da la fuerza para sobrellevar toda prueba.

El amor es el motor indispensable de la vida sobrenatural: todo aquel que ama, vive según el Evangelio; el que no ama no puede cumplir los preceptos de Cristo, ni siquiera conoce a Dios, puesto que Dios es amor (1 Juan 4,8). Del amor a Dios brota de por sí la obediencia a su divina voluntad (Mat. 7,21; 12,50; Marc. 3,35; Lc. 8,21), la confianza en su providencia (Mat. 6,25 - 34; 10,29 - 33; Lc. 12,4 - 12 y 22 - 34; 18,1 - 8), la oración devota (Mat. 6,7 - 8; 7,7 - 12; Marc. 11, 24; Lc. 11,1 - 13; Juan 16,23 - 24), y el respeto a la casa de Dios (Mat. 21,12 - 17; Juan 2, 16).

El que obedece eficazmente al Padre muestra que tiene amor, pues si no lo amase no tendría fuerza para obedecerlo. No tiene amor porque obra, sino que obra porque tiene amor. ***"Por lo cual, te digo, se le han perdonado sus pecados, los muchos, puesto que ha amado mucho. A la inversa, aquel a quien se perdona poco, ama poco"*** (Lc 7,47). Esta conclusión del Señor muestra que si la pecadora amó mucho es porque se le había perdonado mucho, y no a la inversa, como parecería deducirse de la primera parte del versículo. La iniciativa no parte del hombre, sino de Dios que obra misericordia (Salmo 58,11; 78,8). San Agustín confirma esto diciendo que al fariseo no se le podía perdonar mucho porque él, creyéndose justo, a la inversa de Magdalena, pensaba deber poco. Y entonces, claro está que nunca podría llegar a amar mucho según lo enseñado por Jesús.

"El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él" (Jn 14,21). Este pensamiento nos ayuda a tener presencia de Dios. Entonces, no tienen lugar otros deseos o pensamientos que, por lo menos, a veces, nos hacen perder el tiempo y nos impiden cumplir la voluntad divina. He aquí

una recomendación de san Gregorio Magno: ***“Que no nos seduzca el halago de la prosperidad, porque es un caminante necio aquel que ve, durante su camino, prados deliciosos y se olvida de allá donde quería ir”.***

Muchas veces nos complicamos la vida. Nos perdemos entre criterios, normas, modos de obrar, deberes, etc. Queremos amar y nos quedamos atrapados en el cómo perdiendo de vista el quién. Jesucristo, con su profunda sencillez, nos dice que amarle es guardar su palabra. El Evangelio trasciende los siglos y su verdad es válida para todos los hombres de todos los tiempos.

La palabra de Jesús es clara. Amarle es imitarle en su modo de tratar a los hombres y mujeres con los que se encontraba; es **pasar por la vida haciendo el bien** como Él lo hizo; es no calcular en la entrega; es querer sólo lo que quiere el Padre; es compadecernos ante los que padecen necesidades, ya sean materiales o morales; es orar con una actitud de humildad.

Las palabras de Francisco nos cuestionan en este punto. Nos advierten del peligro de quedarnos en sólo hacer el deber, pero el deber cerrado. Nos convertimos así en esclavos del deber, pero no del amor. ***“Cuando tú te vuelves esclavo del amor, ¡eres libre! ¡Es una bella esclavitud aquella! El cristiano es esclavo del amor”.*** También nos recuerda que el amor cristiano es concreto: ***“El único modo de amar como ha amado Jesús, es salir continuamente del propio egoísmo y ponerse al servicio de los demás. Sí, porque el amor cristiano es un amor concreto, porque la presencia de Dios en Jesucristo es concreta”.***

Por lo tanto, estamos llamados a **“Amar como ha amado Jesús; amar como nos ha enseñado Jesús; amar tras el ejemplo de Jesús; amar, caminando por el camino de Jesús. Y el camino de Jesús es dar la vida”** (Francisco).

5

**LLAMADOS
PARA SERVIR**

"Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación" (Mc 16,15). Es el mandato apostólico recogido por San Marcos. Y más adelante, el Evangelista, movido por el Espíritu Santo, da testimonio de que este mandato de Cristo ya se estaba cumpliendo en el momento en que escribe su Evangelio: los Apóstoles, partiendo de allí, predicaron por todas partes, y el Señor cooperaba y confirmaba la palabra con los milagros que la acompañaban (Mc 16,20). Son las palabras finales de su Evangelio.

En primer lugar, seguirle significa hacerle compañía, **hacer el camino con Él**. Jesús no revela el Reino solo, sino con un grupo de apasionados que se implican en las exigencias que dimanaban de la proclamación de la nueva presencia de Dios. En segundo lugar, seguirle lleva consigo **ir detrás de Él** (Mc 1,17.20); es un seguir que implica adhesión a Jesús y exige anunciar el Reino de Dios, su misión esencial, y adquirir una conducta determinada, un género de vida específico. Los discípulos aceptan un cambio drástico en sus costumbres y la radicalidad y urgencia del Reino, que es para la salvación o condena del hombre, según acepte o rechace el mensaje que le introduce en el nuevo ámbito que Él inaugura en la historia.

Seguir a Jesús implica asumir un estilo de vida. Los discípulos que acompañan y siguen a Jesús cambian de vida. Ahora es la que lleva el Maestro. Pero la vida de Jesús no es del estilo de los maestros que se dedican a la enseñanza en las escuelas rabínicas del tiempo. En estos centros, la relación es la típica entre el que enseña y el que aprende. Existe una ligazón doctrinal y la consabida reverencia y sometimiento al maestro, que reside en un lugar concreto, donde los alumnos, sólo varones, le siguen para aprender y con la posibilidad de irse con otro. En cambio, la relación de los discípulos con Jesús es de otro nivel. Es vital con referencia a Él y creyente con respecto a Dios.

Por una parte, seguir a Jesús supone aceptar su forma de vida, que expresa sus opciones fundamentales, con confianza y fidelidad. Por otra parte, este estilo de vida se pone al servicio de la nueva actitud de Dios para con el hombre, que se asume con una obediencia radical. Así la vida del grupo es símbolo de la actuación histórica divina. Describamos la forma de vida de Jesús y sus discípulos y después la obediencia a Dios.

Cuando el Evangelio de San Juan relata que Jesús decide lavarles los pies a sus discípulos, nos ofrece un testimonio de la vocación al servicio del mundo y de la Iglesia que tenemos nosotros los consagrados. (cfr. Jn 13,3-5)

Al igual que los apóstoles, en especial Pedro, nos quedamos asombrados, cómo Cristo que tiene todo el poder y que es Dios, se pone al servicio del hombre. Un Dios que lava los pies a su criatura. La realidad es que Dios mismo quiere recordarnos que la grandeza de todo cuanto existe no reside en el poder y en el sojuzgar a otro, sino en la capacidad de servir y al darse dicho servicio se da gloria a Dios. Cristo mismo ya se lo había dicho a los discípulos: **"... el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del Hombre ha venido a ser servido si no a servir y a dar su vida como rescate por muchos."** (Mc 10,43-45).

Con esto queda muy clara la misión de la Iglesia en el mundo: servir. **"Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros"** (Jn 13,15) La Iglesia siguiendo el ejemplo de Cristo está al servicio de la humanidad. Por tanto, todos aquellos que formamos la Iglesia estamos llamados a servir a los que nos rodean.

El amor que Dios nos manifiesta debe convertirse en servicio que dé testimonio de su presencia entre nosotros. El cristiano siguiendo el **"amaos los unos a los otros como yo os he amado"** (Jn 15,12) debe ser como esa levadura que transforma al mundo para que este se renueve y se transforme.

El egoísmo del hombre se vence con la entrega generosa a los demás. En el servicio reside la verdadera realización personal y la felicidad. En el servicio encontraremos la verdadera alegría de vivir.

Como los discípulos, también nosotros podemos ir discutiendo en el camino de la vida sobre quién es el más importante. La respuesta de Jesús es simple: **"Si uno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos"** (Mc 9,35). Y Francisco recalca: **"Quien quiera ser grande, que sirva a los demás, no que se sirva de los demás"**.

Y es la gran paradoja de Jesús. Los discípulos discutían quién ocuparía el lugar más importante, quién sería seleccionado como el privilegiado. No eran cualquiera los que discutían. Eran los discípulos, los más cercanos al Maestro y discutían sobre eso. Y esto sigue sucediendo hoy. Muchos buscan el ser importantes, muchos caen en ese afán de superioridad sobre los demás y pretenden escalar más pronto para ocupar los cargos que darían ciertas ventajas. **¿Sucedee esto entre nosotros sacerdotes?** Me atrevo a decir que lamentablemente sí. En algunos sí. En algunas ocasiones sí. Ahí está escondido en nuestro interior ese deseo, esa pretensión y esa búsqueda.

Pero Jesús trastoca la lógica de los discípulos, y la nuestra también, diciéndonos sencillamente que la vida auténtica se vive en el compromiso concreto con el prójimo. Es decir, sirviendo.

Nos vienen bien las palabras de Francisco: **"La invitación al servicio posee una peculiaridad a la que debemos estar atentos. Servir significa, en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo. Son los rostros sufrientes, desprotegidos y angustiados a los que Jesús propone mirar e invita concretamente a amar. Amor que se plasma en acciones y decisiones. Amor que se manifiesta en las distintas tareas que como ciudadanos estamos invitados a desarrollar"**.

Sí queridos hermanos sacerdotes, estamos llamados a servir a las

personas de carne y hueso, con su vida, su historia, su realidad concreta, y especialmente con su fragilidad. A ellos estamos llamados a defender, a cuidar y a servir. ***“Porque ser cristiano entraña servir la dignidad de sus hermanos, luchar por la dignidad de sus hermanos y vivir para la dignidad de sus hermanos. Por eso, el cristiano es invitado siempre a dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles”*** (Francisco).

Pongamos nuestra mirada sacerdotal en los más frágiles, para ellos hemos sido ungidos, para ellos hemos sido consagrados, para ellos hemos sido enviados. Todos, pero creo que especialmente nosotros los sacerdotes, ***“estamos invitados, estimulados por Jesús a hacernos cargo los unos de los otros por amor. Y esto sin mirar de costado para ver lo que el vecino hace o ha dejado de hacer”*** (Francisco).

La plegaria ***“Mi oración a Ti”***, de Tagore, nos sirve bien para terminar este punto:

*“Dame la fuerza que necesito
para llevar ligero mis alegrías y mis preocupaciones.
Dame la fuerza que haga fructífero mi amor en el servicio.
Dame la fuerza de no negar nunca a los pobres.
Dame la fuerza necesaria para no doblar mi rodilla ante poderes extraños.
Dame la fuerza que necesito para elevarme sobre las trivialidades cotidianas.
Dame la fuerza que necesita mi fuerza para someterme a tu voluntad”*

6

CONCLUSIÓN

Jesús, nos llama a ser sus discípulos y misioneros, esta llamada es pura iniciativa suya, don gratuito, que parte del gran amor que tiene hacia nosotros. Esta vocación a la cual hemos sido llamados, implica de nuestra parte una respuesta libre y voluntaria, que tiene que renovarse cada día en la celebración de los sacramentos y en el servicio a los fieles, hasta el cansancio.

En esta hermosa misión, experimentamos cansancio, caídas, pero nada ni nadie nos puede separar del amor de Cristo. Cuando las tinieblas quieran invadir nuestra vida, volvamos siempre al primer amor, a ese momento donde Jesús intercambió su mirada con nuestra mirada y, nos dijo: **"Sígueme"**. Sí, sígueme, aunque sin entenderlo todo, como María, dimos el primer paso, nos animamos, nos entusiasmos y le respondimos: ¡Aquí estoy para hacer tu voluntad!

No debemos olvidar nunca que la llamada de Jesús, es una **"llamada de amor"**, un verdadero **"detalle"** que ha tenido para con nosotros, como dice la canción, y según Francisco, muchas veces debemos cantar esa canción delante del Sagrario, y debemos hacerlo diciéndole: **"... mira lo que hice, mira lo que sufro, mira lo que pasó, pero Tú tuviste un detalle y dejan que las lágrimas corran, ese será un momento de gran santidad, aunque estén en pecado, porque los perdona allí, porque es un diálogo de amor y después vayan a confesarse"**. Sí, él nos pide agradecer ese detalle, **"saber cantarle al Señor que no se olvida nunca que un día les dijo: ustedes no son siervos, son amigos. Tú me dijiste amigo, ¡Qué detalle, Señor!"**

Los años han pasado y, a veces nos cuesta responder: Aquí estoy, Señor para hacer tu voluntad. Por eso el Señor que nos conoce, nos invita a volver donde Él: **"Vengan mí los que estén cansados y agobiados que yo les daré reposo"** (Mt 11,28). Él es el Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas, que no nos trata como me-

recen nuestras culpas, que está siempre dispuesto a darnos una nueva oportunidad, que nos espera con los brazos abiertos, no para interrogarnos, ni cuestionarnos, sino para recibirnos e invitarnos a descansar en Él. Nos devuelve la filiación que habíamos dejado y le damos la oportunidad de ejercer su paternidad misericordiosa sobre cada uno de nosotros.

No dudemos del amor de Dios que es Padre, es un Dios cercano, tierno y misericordioso, siempre dispuesto a servir hasta el extremo de dar su vida por cada uno de nosotros. Por tal razón nosotros que hemos sido llamados por Dios estamos invitados a amar y servir a Dios y a los hombres. A dar la vida por el pueblo que se nos ha confiado, a ser testigos creíbles del amor de Dios hacia sus criaturas. Por eso les invito a que experimentemos el amor, para poder compartirlo con los demás. Estamos llamados a amar y servir, servir y amar a Dios y a los hombres, a Dios por sí mismo y a los prójimos por amor a Dios.

Hoy, en este día de fiesta, volvamos a sentir la mirada de Jesús, igual como miró a Pedro, una **"mirada de confirmación de la misión"**. En esa mirada, Jesús le pide que le confirme su amor. Y lo hace tres veces. Sí, tres veces el Señor le pide a Pedro la "manifestación de su amor" y lo exhorta a apacentar a sus ovejas. Es que solamente, cuando ha confirmado su amor al Señor recibe una misión. Es una misión que brota del amor al Señor. Es una misión que cobra sentido en el amor y solamente desde la confirmación de ese amor somos enviados a amar y a servir. **"La tercera mirada es la mirada de la misión: 'Apacienta mis corderos'; 'Pastorea mis ovejas', 'Apacienta mis ovejas'..."** (Francisco).

A cada uno de ustedes, queridos sacerdotes, les pido que se pregunten: **¿Cuál es hoy la mirada de Jesús sobre mí?** ¿Cómo me mira Jesús? ¿Con una llamada? ¿Con un perdón? ¿Con una misión?

Pero, hagámonos esas preguntas recorriendo el camino de Jesús, por el camino que Él ha hecho, que es un camino de cruz: **"todos nosotros estamos bajo la mirada de Jesús. Él nos mira"**

siempre con amor. Nos pide algo, nos perdona algo y nos da una misión. Ahora Jesús viene sobre el altar. Que cada uno de nosotros piense: "Señor, Tú estás aquí entre nosotros. Fija tu mirada sobre mí y dime qué debo hacer; cómo debo llorar mis equivocaciones, mis pecados; cuál es el coraje con el que debo ir delante por el camino que Tú has recorrido primero" (Francisco).

Hoy, relea este diálogo entre Pedro y el Señor (Jn 21,15-19). Después de leerlo, piensa en la mirada de Jesús sobre ti. Él te sigue mirando. Te mira hoy. **Déjate mirar por Jesús** y escucha su voz que te dice: "Apacienta mis ovejas". Ése es el llamado que te hace en este día, un llamado a amar y servir como sacerdote, un llamado a entregar tu vida por la causa del Reino.

Vivamos a plenitud nuestro sacerdocio, ello llenará nuestras vidas de alegría y de sentido. Dejémonos sorprender por la llamada de Dios, acojamos su Palabra, encausemos los pasos de nuestras vidas tras las huellas de Jesús, en la adoración al misterio divino y en la entrega generosa a aquellos a quienes somos enviados. Si lo hacemos, nuestras vidas serán más ricas y más alegres cada día.

Escuchemos la voz del Señor, para renovar nuestro "sí" generoso, para orientar nuestros pasos, para motivar nuestra vida sacerdotal, para fundamentar nuestras opciones, para que Él vibre en nuestras palabras, para impregnar todo nuestro ser sacerdotal con su amor y podamos así vivir, como Él mostró que es posible vivir, animado por el Espíritu para realizar la voluntad del Padre, el Reino de Vida nueva para todos.

Antes de terminar, traigo a esta Carta Pastoral la letra de la canción "¡Que detalle!". Delante del sagrario léela despacio y si puedes cántala. Mira en tu corazón y en tu mente, el "detalle" que el Señor ha tenido contigo cuando te llamó, cuando te eligió, cuando te pidió que fueses su amigo.

*"Que detalle Señor has tenido conmigo,
cuando me llamaste, cuando me elegiste,
cuando me dijiste que Tú eras mi amigo.
Que detalle Señor has tenido conmigo.*

*Te acercaste a mi puerta pronunciaste mi nombre.
Yo temblando te dije aquí estoy Señor;
Tú hablaste de un Reino, de un tesoro escondido;
De un mensaje fraterno que encendió mi ilusión.*

*Que detalle Señor has tenido conmigo,
cuando me llamaste, cuando me elegiste,
cuando me dijiste que Tú eras mi amigo.
Que detalle Señor has tenido conmigo*

*Yo dejé casa y pueblo por vivir tu aventura,
codo a codo contigo comencé a caminar.
Han pasado los años y aunque apriete el cansancio,
paso a paso te sigo sin mirar hacia atrás.*

Que María, nuestra buena Madre, modelo de toda vocación, que como nos dice Francisco, **"no tuvo miedo de decir su "fiat" a la llamada del Señor"**, nos acompañe y nos guíe en nuestro sacerdocio. Como Ella, con audacia generosa, salgamos de nosotros mismos y confiemos a Dios todos nuestros proyectos de vida, sabiendo que estamos llamados a amar y servir.




+ Alfredo José Espinoza Mateus, sdb
XI Obispo de Loja

Loja, 6 de abril de 2017